

LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquiva sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

LA CRUZ.

II.

Cuando un hecho usual y frecuente se verifica rodeado siempre de iguales circunstancias, el objeto material que mas vivamente lo designa á nuestra fantasía, se transforma sin esfuerzo en símbolo de los afectos y de las impresiones morales que suelen acompañarlo. La imágen de la cruz representaba la crucifixion, y representaba ademas la abyeccion y el crimen, los tormentos agudos y el indeleble oprobio del condenado. La cruz estaba cubierta de una mancha asquerosa, de una mancha de sangre, que solamente otra sangre divina podia lavar. El dolor y la afrenta se habian asido de la mano para construir este suplicio, y el nombre que lo recordaba se convirtió en símbolo del dolor y de la afrenta. Así pudo introducirse en el lenguaje comun la palabra cruz para indicar cualquier acerbo padecimiento, ó cualquiera humillacion en estremo degradante; pero repetida amenudo, debió atenuarse precisamente su sentido translativo. Hiperbólica al principio, pasaria despues á ser la espresion de los sufrimientos ménos punzantes y de las mas vulgares humillaciones. Toda afliccion y todo abatimiento eran una cruz. Jesucristo, que no vino al mundo á inventar formas de lenguaje, sino á dar conveniente aplicacion á las que encontraba ya establecidas, se sirvió de esta palabra que con tanta precision resumia las bases principales

de su nueva y celestial doctrina. Los Esenios ó los Therapeutas, dedicados á una vida austera y contemplativa, pudieron haberla puesto en uso; pero el Hijo del hombre fué quien la consagró y fijó su significado con una sancion irrevocable. Desde que sus divinos labios pronunciaron que para ser su discípulo era menester cargarse la cruz y seguirle, la cruz se elevó á símbolo y divisa de la vida cristiana, porque lo era ya de la humilde oscuridad y de la austeridad penitente, porque estas dos condiciones son inseparables del método de vida que él á un tiempo como maestro enseñaba y como ejemplar sublime ennoblecía.

La cruz material que debia alzarse en la cima del Calvario, iba á presentar al mundo el colmo del sufrimiento y de la ignominia: la cruz simbólica que se anunciaba á las generaciones futuras, permanecia siendo la cifra de las ideas morales que procedian de su origen, y que por decirlo así están enclavadas en ella: permanecia emblema de la mortificacion de la carne y del espíritu, del refrenamiento de la voluptuosidad y del orgullo, del sacrificio completo de las aficiones desordenadas á la celebridad y á los placeres. Necedad ó escándalo, esto significa la cruz, y no puede dejar de significarlo. Forjadla de oro ó de plata, modificad sus formas ó cubridlas de arabescos, adornadla de flores ó de piedras preciosas, esto significará la cruz; y si no quereis que lo signifique no tendreis mas que

una muda combinacion de líneas, una figura geométrica cualquiera.

En tanto que perecieron en la cruz solamente esclavos y criminales, el dolor y la afrenta del suplicio estuvieron pegados á ella como el rastro de sangre que le dejaban los condenados, sin que fuese posible romper la asociacion de ideas que su imágen despertaba. Mas, desde que en ella el Inocente espió la culpa de la humanidad, y el que tomara forma y semejanza de esclavo quebró las cadenas que retenian esclavo al mundo, desaparecieron las sombras de infamia y de crimen, y un resplandor celeste la envolvió hasta la consumacion de los siglos. De tanta bajeza subió á tan inefable altura; de patíbulo se convirtió en trono, de padron de los delitos en insignia de redencion. Ni la envidiada prosperidad de Polícrates de Samos, ni los patrióticos servicios del cartaginés Bomílcar, ni el sublime heroismo de Leónidas levantado en una cruz, como cuenta Herodoto, despues de haber muerto gloriosamente en las Termópilas, mermaron en un ápice siquiera la repugnancia y el horror que inspiraba este suplicio. El oprobio de la cruz les cubrió con su velo de tinieblas; pero el que en ella murió para redimir al mundo, la redimió tambien de su deshonor y afrenta.

En vano los emperadores del orbe conocido, en vano sus sanguinarios procónsules suspenderán todavía en la cruz á millares de personas, de diferentes sexos y edades, que unánimes proclaman hijo de Dios y Dios mismo al Crucificado. Los hijos de la cruz en ella gozan, en sus brazos descansan, colgados en ella esperan una corona y una gloria inmortal. La rabia perseguidora cejará, desfallecerá, se rendirá postrada á los piés de tan invencible constancia. La cruz del Calvario aparecerá retratada de oro y de carmin en el azulado velo del firmamento. Victoria por la cruz! el mundo es suyo.

¿No la veis como domina ya desde el nacimiento de la aurora hasta las últimas regiones del ocaso, desde los hielos polares hasta el corazon de la inflamada zona? ¿No la veis en toda bandera civilizadora desde el lábaro

de Constantino hasta el rizado gallardete plantado en la orilla nuevamente descubierta? ¿Dónde existe sombra de civilizacion que no exista la imágen de la cruz? Yo no os la mostraré en las suntuosas basílicas que levantaron á su honor Roma y Bizancio, ni en los millares de templos donde engastada en oro y plata descuella sobre los altares. Yo no os la mostraré paseada como en triunfo por los sacerdotes, ni cargada en los hombros del piadoso monarca, que depuesta la púrpura imperial y descalzos los piés y desnuda la cabeza, conoce entonces el valor inmenso de la sangrienta victoria conseguida. Yo no os la mostraré sobre la tiara del Siervo de los siervos de Dios, sino sobre las ricas diademas de los reyes y de los emperadores. Miradla como pinta su sombra en la llanura de las Navas; miradla como se refleja en las aguas de Lepanto.

No habia llegado aun para el cristianismo la hora de su triunfo, y los cristianos hormigueaban ya por do quiera, escepto en los lugares dedicados á las divinidades ó á los deities del paganismo. *Sola relinquimus templa.* Mas la cruz no es solamente en las iglesias objeto de la veneracion de los fieles, sino que por todas partes preside en los actos de su vida pública y privada. Hallaréisla en el solio de la justicia para infundir confianza al litigante desvalido, y hallaréisla tambien en las desiertas encrucijadas para dar aliento al extraviado peregrino: se remonta como un ave sobre los empinados campanarios de las ciudades populosas, y sus brazos trebolados y sus góticas labores descúbrense á través del frondoso ramage en la pobre aldea: brilla en las armas y en los escudos y en los pechos de los ínclitos guerreros, y en el oro y en la plata y en el cobre que acuñados abrasan de inestinguible sed las entrañas del codicioso. Joyel apenas perceptible, cuelga como sagrado talisman del cuello del recién nacido; y resplandeciente de pedrería, cuelga como símbolo de pudor y castidad del nevado cuello de la hermosa doncella. Miradla por fin gravada en los mármoles funerarios ó descollando entre los umbríos cipreses, para ser faro de es-

peranza en la muerte, despues de haber sido luz de refugio en los amargos trances de la vida. Oh cruz! ¿qué se ha hecho, dónde está ya tu ignominia? Levantada sobre la tierra, como sobre un pedestal inmenso, con tu cúspide llegas al trono del mismo Dios. Cadena de oro que engarzas la tierra con el cielo, ni el atrevimiento del hombre ni el poder del infierno serán bastantes á romper uno de tus eslabones para destruir su union maravillosa. Los ángeles de paz te rodearon un día, llorando amargamente porque en tí se consumaba el mas doloroso de los misterios; y ahora el universo se postra ante tí, porque por todas partes resplandece tu adorable y fecundo misterio: *Fulget crucis mysterium.*

Signo que se estampa en el tierno rostro del que disfruta los primeros albores de la vida, signo que santifica el mas dulce y vivo de los afectos en la rica eflorescencia de la juventud, signo que nos fortalece al asomarnos á las hondas tinieblas del sepulcro, ¿de dónde te ha venido tu virtud poderosa? ¿Cómo es posible que olvide el cristiano la triple marca que le distingue? ¿A dónde irá que una cruz no le revele sus creencias? Sobre sí la lleva. La cruz es el *Thau* misterioso que debia grabar Ezequiel sobre las frentes de los escogidos. Mas ay! que no basta se vea en la frente, es menester llevarla tambien grabada en el corazon.

T. AGUILÓ.

LA PASION.

TRADUCCION DE MANZONI (*).

Vamos al templo graves y pausados
Los que de Dios tememos la justicia,
Cual gente absorta en lúgubre noticia
Que de improviso oyeron anunciar.
No aguardemos el son de la campana;
No lo consiente el rito doloroso:
Cual de muger que llora al dulce esposo,
Las vestiduras son del viudo altar.

(*) La celebridad de que gozan los *himnos sagrados* de Manzoni, me ha empeñado en traducirlos del italiano, no desconociendo las dificultades que presentan así la concision de las ideas como la ligadura del metro. Se publicarán á medida que lleguen las grandes festividades á que son dedicados.

Cesen los himnos, los misterios santos
En que descende por divina influencia,
Trocando el pan, guardando su apariencia,
La víctima inmortal de paz y amor.

Se oye un cantar, aquel lamento sacro
Que Isaías estático lanzaba
El día en que su espíritu abrumaba
Desde lo alto fatídico terror.

¿De quién hablais, historiador profeta?
¿Quién es que ante el Eterno brotar debe,
Como en árida tierra tallo leve
Brotó lejos del fresco manantial?

Este flaco saciado de ignorancia,
Cuyo semblante cubre abyecto velo,
Á quien hirió con su anatema el cielo
Como al mas vil, al último mortal?

Es el justo inmolado por los reos,
Sin resistencia, sin abrir los labios;
Es el justo, y del orbe los agravios
Dios sobre su cabeza derramó.

Es el santo, el Sanson profetizado,
Que libra al pueblo hebreo con su muerte,
Que á esposa infiel su cabellera fuerte
De buena gana arrebató dejó.

Él, que sentado está sobre el empíreo,
Quiso de Adán ser hijo, y por hermanos
Adoptando á los míseros humanos,
Su herencia compartir no desdeñó:

Sentir quiso el oprobio, el desconsuelo,
Y las angustias que la muerte entraña,
Y el terror que á las culpas acompaña,
Él que jamás la culpa conoció.

Probó repulsa en su oracion humilde,
Probó del Padre acerbo desamparo,
O asombro! de un traidor que le era caro
El abrazo mortífero sufrió;

Y esta alma vil, sumida en las tinieblas
Del primer homicida, en fiera lucha,
Solo el clamor de aquella sangre escucha,
Tarde advierte la sangre que vendió.

O asombro! el torpe vulgo con sus befas
Procaz ultraja aquella faz divina,
Ante quien todo el cielo allá se inclina
Y en quien nadie la vista osa poner:

Cual del ebrio la sed aumenta el vino,
Con las ofensas el rencor se irrita;
Y al mayor de los crímenes le incita
De los pasados el feroz placer.

No penetró de Roma el juez soberbio,
Mirando al pié del tribunal profano
Al hombre justo, que el judío insano
Arrastraba cual víctima al altar,

No penetró quien fuese el mudo reo;
Mas por sí temeroso el presidente,
Sentencia fulminando al inocente,
Util creyó su indemnidad comprar.

Sube al cielo en su pena concentrado
El clamor de una súplica insultante,
Los ángeles se cubren el semblante,
Dice Dios: «cual pedís, así será.»

La sangre que los padres imprecaron
Sobre la triste descendencia llueve,
Y aunque de siglo en siglo se renueve,
De la cabeza echarla no podrá.

Apenas sobre el lecho de dolores
Reclina la alma frente el afligido,
Y levantando aterrador gemido
Exhalar el aliento se le vé,

Mientras en torno huelgan sus verdugos,
Truena el furor de Dios sobre la loma,
Desde la altura ya en acecho asoma,
Cual diciendo: «aguardad! no tardaré.»

Ó gran Padre! merced al que se inmola,
Apáguese de tu ira el vivo fuego,
Y del pueblo deícida el voto ciego
Convierte, ó Dios benigno, en su favor.

Caiga sobre ellos, sí, la sangre aquella,
Pero sea cual lluvia que los lave:
Todos erramos; este baño suave
A todos purifique del error.

Y tu, ó Madre, que al Hijo soberano
Espirar en la cruz inmóvil vistes!
Ruega por todos, reina de los tristes,
Que lo podamos en su gloria ver;
Y los trabajos, con que el mundo vuelve
El destierro á los justos mas pesado,
Juntos con la pasión de tu Hijo amado,
Prenda nos sean de eternal placer.

J. M. Q.

CONFERENCIAS CUARESMALES

POR EL PRO. D. JUAN MAURA.

CONFERENCIA QUINTA.

RESÚMEN Y CONCLUSION.

Señores: Hoy termino la serie de conferencias que he tenido el honor de dirigiros en este tiempo de cuaresma. Hubiera deseado poderos presentar un plan no digo mas vasto, porque el campo que abren las cuestiones religiosas es inmenso, pero sí mas desarrollado y de mas esmerada ejecucion; mas el corto tiempo de que he podido disponer para preparar este trabajo, y los límites hasta cierto punto prefijados al mismo, no me han permitido sino coordinar algunas ideas capitales y presentarlas cual acudian á mi mente sin ornato y desaliñadas. Hoy reasumiré lo que llevo dicho, probando á coger algunos cabos sueltos y reunirlos en un

punto, á fin de dar á mi trabajo la unidad posible, de que sin duda carece como hijo que es de un plan precipitadamente concebido.

En la primera conferencia os presenté un paralelo entre la certeza natural y la fe religiosa, haciendos notar como ni la una ni la otra se derivan del raciocinio, sino que se engendran en nuestro espíritu de una manera sumamente análoga, es decir, por una especie de impulso ó movimiento espontáneo. Os dije que lo mas fundamental de nuestros conocimientos es debido á esa fuerza poderosa de intuicion de que está dotado nuestro entendimiento, en virtud de la cual nos adherimos á ciertas verdades por tan irresistible manera, que todos los esfuerzos de la razon son impotentes para hacer titubear nuestra adhesion y certeza. Esto nos prueba que aun en el simple orden natural de los conocimientos humanos Dios no ha querido que la razon fuese nuestro único guia; porque esta facultad de nuestra alma es tan flaca de suyo y menguada, que si la naturaleza no la mantuviese dentro de ciertos límites, convertiria al hombre en el sér mas despreciable de la tierra.

Efectivamente, es difícil de formarse una idea exacta de lo que fuera el mundo si Dios le hubiese abandonado al imperio esclusivo de la razon: fuera, permitidme la expresion, señores, una verdadera casa de orates. Como el impetuoso huracan troncha la robusta encina y la arranca de su secular asiento, así la razon en la region de las ideas, si el sentimiento y el instinto no la contuvieran, desarraigaria de nuestra alma toda certeza, y arrancaria de sus robustos cimientos el sólido edificio de los conocimientos humanos, arrastrando al hombre hasta un punto de degradacion inconcebible. No vayais á creer, señores, que exagere; ahí está la historia del espíritu humano, leedla. De mí sé deciros que no puedo recorrer sus páginas sin sentirme profundamente conmovido, y sin admirar y adorar humillado la sabiduria de la Providencia, que indudablemente ha permitido tantas y tan absurdas aberraciones para confundir á los que tan alto proclaman la soberanía de la razon y la libertad del pensamiento. Si pudiera la razon hacerse superior á la naturaleza humana y plantear todos los absurdos que ha abortado en el largo espacio de tantos siglos como cuenta de existencia, ni una sola verdad quedara en pié; pues ninguna se conoce que no haya sido negada ó puesta en duda por la razon. Aquí niega la existencia de Dios, allá duda hasta de la propia existencia; ora afirma que todo es materia, ora supone que nada existe sino el espíritu

el cual del seno mismo de su fecundidad saca esas apariencias que nosotros, víctimas de una ilusión, llamamos realidades. En una palabra, ¿quéreis compendiada en breve frase la ignominiosa historia de la razón abandonada á sus caprichos y veleidades? Oid á Rousseau que no puede seguramente ser notado de enemigo de los derechos de la razón: «Yo he consultado, dice, á los filósofos, he hojeado sus libros, he examinado sus diversas opiniones, y á todos los hallo soberbios, afirmativos y dogmáticos aun en su pretendido escepticismo; nada ignoran, pero nada prueban, y los unos se burlan de los otros, y este punto comun á todos me parece el único en que todos tienen razón. Triunfantes cuando atacan, vuelvénse cobardes cuando defienden. Si quereis pesar sus argumentos no los encontrareis, pues no los tienen sino para destruir; ni os será posible contar sus votos, pues cada cual echa el suyo independientemente: en resúmen no están de acuerdo sino en disputar de todo. (*Emile* vol. 3).»

Ved aquí el ordinario fin y paradero de la razón que confía demasiado en sus fuerzas naturales. Y si bien los desórdenes introducidos por ella en la región de las ideas en circunstancias dadas refluyen en el terreno de los hechos, no obstante jamás ha sido poderoso el hombre para darles estabilidad y firmeza, porque lo ha impedido siempre el buen sentido práctico, que es el freno natural de la razón extraviada. El hombre puede llevar sus desvaríos hasta el extremo de negar las verdades más obvias y sencillas, aun aquello mismo que es objeto de la inmediata intuición de nuestro espíritu; pero ni la humanidad escucha tales absurdos, ni el mismo que los concibe y aborta puede aplicarlos en toda su extensión á los usos ordinarios de la vida. Cuéntase de Pirron, cuya filosofía estaba reducida á dudar de todo, que viéndose acometido por un perro tuvo buen cuidado de separarse, sin detenerse á examinar si aquello era un perro verdadero ó solo una apariencia. Habiéndosele echado en cara una conducta tan poco conforme con las doctrinas que profesaba, respondió: «es difícil el despojarse totalmente de la naturaleza.» Eso prueba, señores, que la razón no vale tanto como han querido suponer los que han encarecido y exagerado sus derechos; y que si solo la razón nos dirigiera, largo tiempo há que se hubiera hecho imposible toda comunicación de los hombres entre sí. Por eso Dios en el orden natural ha ocurrido á la debilidad de la razón humana con el poder de la intuición, con el instinto y el sentimiento, y en el sobrenatural con el hábito de la fe.

Ya sé que la fe religiosa no es propiamente hablando una intuición ni un impulso irresistible, como la certeza natural, ni es tampoco bajo este punto de vista que comparo la una con la otra. Pero digo que la fe produce en el alma humana una certeza tan íntima, tan profunda é independiente de la razón, como pueda serlo la certeza debida á la intuición natural; y bajo este concepto es que afirmo que entre la certeza natural y la fe religiosa existen analogías sorprendentes, clara y manifiesta señal de que ambas proceden de un mismo origen.

Si, pues, lo más fundamental de nuestros conocimientos naturales no es fruto de la razón, mucho menos debe serlo la fe religiosa. No obstante de esto á decir que la fe es un acto irracional va una distancia inmensa; la fe es superior á la razón, pero no es contraria á ella. Antes bien, «la razón es respecto de la fe, lo que un prisma respecto de la luz, como ha dicho un profundo pensador contemporáneo; así como el prisma descompone la luz en colores, la razón descompone la fe en conceptos racionales y filosóficos.» (Augusto Nicolás, *La Virgen María y el Plan divino* tom. 1.) Bajo este punto de vista la fe es á un tiempo un acto de virtud producido por la gracia y un acto de razón hijo de la ciencia. Mas de diez y ocho siglos há que esta descompone y analiza la fe, y de esta descomposición y análisis no solo no ha resultado cosa alguna contraria á la razón, sino que esta ha podido adquirir el convencimiento de que la fe es, digámoslo así, su hermana mayor, y que solo obedeciéndola y dejándose guiar por ella, puede salvar los innumerables escollos de que está sembrado el mar de los conocimientos humanos, y alcanzar el anhelado puerto de la verdad.

En los primeros siglos del cristianismo la ciencia humana, aunando sus esfuerzos con los del poder temporal, combatió sin tregua las verdades de la fe, esgrimiendo contra ella las armas de la razón. Ya entonces aparecieron dignísimos representantes de la razón ilustrada por la fe, que defendieron el cristianismo de los desesperados ataques de la filosofía pagana. Pero las obras de aquellos apologistas no fueron sino ensayos de un trabajo que con el tiempo ha adquirido grandes dimensiones y admirable desarrollo; porque de entonces acá la actividad de la razón ha multiplicado sin cesar esos interesantísimos trabajos científicos, en los que se dan las manos la fe y la razón, la más alta filosofía y los más profundos misterios. Porque, como os dije en otra conferencia, es grave error el imaginar que los dog-

mas católicos son palabras huecas y vanas, siendo así que no son sino sublimes verdades que esparcen luz sobre las mas oscuras cuestiones y las esclarecen, pues están íntimamente relacionados con lo mas difícil y abstruso de la metafísica y la moral, sin ser ajenos á los principios en que se apoyan las ciencias políticas y sociales.

Ni podia ser de otra suerte, si se atiende á que los dogmas propiamente hablando son una ciencia sublime que trata de Dios y del hombre, y estas dos palabras Dios y el hombre son el compendio de todas las grandezas y maravillas. Porque el mundo físico, el intelectual y el moral tienen un punto de confluencia que es el hombre, el cual á su vez es el lazo que une con Dios estos tres órdenes de cosas. Me explicaré. El mundo físico está visiblemente destinado á satisfacer las necesidades del hombre; así es que este de dia en dia va estendiendo y dilatando prodigiosamente los límites de su jurisdicción sobre la naturaleza, la cual cediendo á la voz del hombre se convierte en dócil instrumento suyo. El mundo intelectual contribuye á estos triunfos del hombre sobre la materia, pues que sin el auxilio y las luces de la inteligencia jamás acertáramos á reunir en nuestra mano las fuerzas del mundo físico, ni robar á la naturaleza los ricos tesoros que guarda encerrados en su seno. El mundo moral, por último, suministrándonos las ideas de justicia, de autoridad, de orden y otras mil que forman el mas rico patrimonio de la humanidad, asienta en robusta base el edificio social, une á los hombres con la bella lazada del amor y del deber, y hace útiles y provechosos los dones con que la naturaleza acude á nuestras necesidades. Vé aquí como el mundo físico, el intelectual y el moral tienen un punto de confluencia, y como este punto es el hombre. Y estando el hombre unido con Dios, no solo por las relaciones generales que unen la creación con su Autor, si que tambien de una manera especial, augusta é inefable por Jesucristo Dios y hombre, síguese de ahí que los dogmas de la fe católica han de estar necesariamente relacionados con las cuestiones mas capitales que puedan ofrecerse á la consideración del hombre.

Así es que los grandes teólogos, al desenvolver y analizar las verdades de la fe, tratan muchísimas cuestiones metafísicas y no pocas que bien pueden ser llamadas políticas y sociales, y las resuelven ordinariamente con tan sano criterio que poco ó nada dejan que desear. Santo Tomas por ejemplo, al tratar del dogma de la Trinidad y de la naturaleza de los ángeles, emite reflexiones tan exactas y profundas

sobre el origen y formación de las ideas en nuestro entendimiento, que con ellas puede formarse un sistema completo de ideología. Y en el tratado de las leyes humanas deslinda claramente las atribuciones de la potestad civil, estendiéndose en sabias y juiciosas consideraciones sobre la obediencia que se debe á las leyes emanadas de la autoridad y los casos en que es lícita la resistencia; cuestiones todas ellas delicadas en extremo y de suma trascendencia, y que la ignorancia y la mala fe ventilan hoy dia con calor, dándoles soluciones perturbadoras, origen funesto de revueltas sociales.

Estos ejemplos entre otros mil, que fuera cosa fácil aduciros, prueban que la fe, lejos de ser contraria á la razon, está muy de acuerdo con sus mas sanos principios; lejos de constreñirla con un aro de hierro, la deja en la mas amplia libertad de moverse en todas direcciones; y por último la fe, aunque no sea fruto de la razon, es en el mas alto grado racional, y por tanto no es, no puede ser una ilusión del espíritu humano.

Pero la fe, se nos dice, tiene misterios que la razon no puede alcanzar: así es á la verdad. Mas yo no acierto á dar un paso en ninguna clase de conocimiento sin que me halle detenido por el misterio que señala los límites de mi razon; y si me empeño en pasar mas adelante, la luz falta á mis ojos y el hondo abismo se abre á mis piés. La física misma y las matemáticas tienen un límite que no nos es dado traspasar. Ignoramos la naturaleza de la luz, no sabemos lo que es la electricidad, la ley de la gravedad de los cuerpos es para nosotros un misterio; y si queremos profundizar las ideas de número, tiempo, espacio, estension, el entendimiento se oscurece, el alma cae en el desaliento, y poco falta para que la duda no venga á arrebatarnos en un momento el fruto de tantos años de estudio y meditación. ¿Por qué, pues, se nos han de echar en cara constantemente los misterios de la fe, cuando las ciencias sin escepcion tienen un origen tan alto que va á perderse en las regiones mismas del misterio?

No comprendo como para combatir la fe se apela á un recurso tan pobrísimo; como si el misterio no fuera la cosa mas natural, atendida la cortedad de nuestra razon y lo escaso y débil de sus luces. En llegando á este punto no puedo resistir al deseo de reproducir íntegro un bello pasage del ya otras veces citado Mr. Guizot, quien con la sencillez profunda propia de su gran talento escribe hablando del misterio lo siguiente: «Situaos bajo el cielo puro y brillante del medio dia, y estended la vista por el horizonte; la luz inunda las llanuras así las mas

próximas como las mas lejanas; el ojo humano abarca toda la distancia que le es posible, y si no alcanza á mas, no es ciertamente porque falte la luz, sino porque su fuerza propia y natural toca ya á su término; el alma sabe que mas allá de los espacios que recorre con la vista se estienden otros en los cuales no le es dado penetrar. He aquí una imagen de lo que le acontece al alma misma en la contemplacion y estudio del universo; llega á un punto donde su vision clara, es decir, su ciencia encuentra un límite. No es que aquí terminen las cosas, sino el poder científico del hombre: mas allá de lo que alcanza existen otras realidades, el hombre las columbra, y cree en ellas natural y espontáneamente; no le es dado apoderarse de ellas y medirlas, *pero ni puede conocerlas ni desconocerlas, ni convertirlas en objeto de su ciencia, ni librarse de que sean materia de su fe.*» (Guizot, *Meditation sur l' essence de la Relig. Chret.* vol. 1°.)

He aquí la descripcion mas exacta que pueda darse del misterio. Efectivamente mi alma contempla los fenómenos de la naturaleza, y como sabe que no hay efecto sin causa, viene á concluir que detrás de aquellos fenómenos se ocultan las causas que los producen. Estas no son vistas ni comprendidas, pero no por esto dejan de existir; mas allá del límite que ellas nos señalan existe indudablemente otro universo lleno de maravillas y de encantos, que si se abriera á nuestras miradas nos proporcionara inmensa y rica variedad de conocimientos de que ahora carecemos. Así también el alma sabe que existe Dios, porque de induccion en induccion puede subir al conocimiento de esta causa primera creadora de todos los seres; pero en llegando aquí «su fuerza propia y natural toca á su término,» nada mas alcanza. No obstante sabe que mas allá de este término existen muchas realidades que se ocultan á nuestra ciencia. Así como se me escapa la naturaleza íntima de las causas ocultas que producen los fenómenos físicos, y no obstante no puedo dudar de que estas causas existan, así tampoco nada sé de la esencia de la divinidad de cuya existencia descubro huellas luminosas en todas partes; y á pesar de mi ignorancia no puedo dudar de que en aquella esencia soberana estén contenidas cosas augustas y sublimes, que para mi entendimiento son un misterio, pero en sí son piélagos de luz y de verdad.

Y de esos piélagos de luz se desprenden algunas centellas brillantes que vienen á iluminar la oscuridad que naturalmente reina en mi entendimiento, cuya esterilidad al propio tiempo fecundizan con su calor. Porque os probé en otra conferencia que

los misterios de la fe explican los de las ciencias, demostrandoos que si se niega á Dios, el edificio de los conocimientos humanos queda flotando en el aire, viniendo luego á desaparecer combatido por los recios vientos de la duda. Valiéndome de un ejemplo tomado de las ciencias exactas, os hice ver como el mundo intelectual no se explica sin Dios, que es el misterio por excelencia.

Efectivamente, en nuestro entendimiento existe muchedumbre de ideas que ni nuestra alma las ha creado ni tiene poder para destruirlas; y estas ideas están tan íntima y profundamente enlazadas unas con otras, que nada ni nadie es poderoso á destruir ese enlace y admirable trabazon. ¿Por qué despues de la idea de $2 + 2$ se sigue en nuestro entendimiento la de 4? por qué no ha de seguirse la de 5 ó de 10? de dónde nace esa lógica inflexible, que no solo se resiste á la mas mínima alteracion en el enlace de aquellas dos ideas, sino que rechaza como absurda la suposicion de que pueda en ningun tiempo alterarse? Yo concibo perfectamente que mi entendimiento deje de existir y que desaparezcan de una vez todos los entendimientos humanos, pero no comprendo que en ningun tiempo pueda dejar de existir un enlace necesario entre las ideas $2 + 2 = 4$. Y si no existe otra razon que la humana, esta verdad habrá nacido de nosotros mismos, habrá brotado espontáneamente de nuestra naturaleza. Entonces no se comprende como de un principio tan variable como es el hombre, que hoy existe y mañana desaparece de la escena de la vida, pueda tener origen la inmutabilidad eterna de las ideas y su lógica indestructible.

Por último os probé que sin los dogmas fundamentales del pecado original y de la redencion, el individuo, la sociedad y la historia son hechos inexplicables; pudiéndoos añadir que la razon humana ha aberrado lastimosamente siempre que ha prescindido de aquellos dogmas, pues en tales casos ó bien ha levantado tan alto la dignidad del hombre que ha venido á divinizarle, ó la ha rebajado hasta el nivel del bruto. Ahí están los sistemas filosóficos abortados por la incredulidad antigua y contemporánea; en ellos podeis leer la apotéosis del hombre y de todos sus vicios, como tambien esas doctrinas repugnantes que arrastran por el fango la dignidad humana para colocarla despues en la línea del irracional.

La fe ni diviniza al hombre ni le envilece, sino que colocándole en el justo medio, con una mano le descubre la corrupcion inoculada en la naturaleza humana por el pecado de Adan, y con la otra le enseña el camino de la rehabilitacion abierto por

Jesucristo; y de esta suerte le humilla sin envilecerle, y le sublima y engrandece sin divinizarle.

En resúmen, señores, de todo lo dicho se sigue que la fe católica tiene puntos de vista magníficos; ¿por qué, pues, la religion no ha de ser estudiada bajo estos puntos de vista grandiosos y sublimes? por qué ha de buscarse la verdad en los libros que la corrompen y desfiguran? Ah! señores, yo no dudo que si la religion fuese estudiada donde y como debe serlo, se aprendería cuando menos á respetarla siquiera por el gran fondo de sublime filosofía contenido en sus dogmas, y cesarian esos ataques insulsos y groseros que con tanta frecuencia se nos dirigen, y que suponen ó la mas insigne mala fe ó la mas lamentable ignorancia.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

RECÍPROCA INFLUENCIA DE LA RELIGION Y LA LITERATURA.

Vasta fué la materia que abarcó en su cuarto discurso el Sr. Aguiló. Despues de demostrar que la poesía es un arte verdaderamente musical, y de observar la vaguedad de la música y su insuficiencia para concretar y espresar por sí sola los sentimientos que trata de infundir, manifestó los importantes auxilios que de la poesía recibe. Recordó la union de entrambas en los tiempos primitivos para dar mas solemnidad á los ritos religiosos, y la que han conservado posteriormente para hacer sentir los mas vivos afectos inspirados por el cristianismo. Luego, insistiendo en las fuentes sagradas de la literatura, demostró que todas, así la griega y la romana, como las orientales segun los recientes descubrimientos, habian recibido la influencia de sus respectivas mitologías. Perdido el gran principio de la unidad de Dios, se fué materializando el órden sobrenatural y multiplicándose al par las relaciones del hombre con el mundo invisible por efecto de la pluralidad de dioses y de otras creaciones de la fantasía. He aquí como describió el orador los recursos que de esto sacaban los poetas paganos:

«Poco menos de mil años antes de Jesucristo, Homero hacia de tal manera intervenir los dioses en la guerra de Troya, que casi son los protagonistas de su poema; y Hesíodo, sirviéndose al parecer de algunos fragmentos mas antiguos, esponia todo un sistema religioso, cantando las generaciones, las batallas y la victoria de las divinidades que la Grecia adoraba. A la época de Octaviano Augusto, en cuyo reinado apareció Jesucristo, pertenecen Virgilio que presenta á su héroe como doble objeto de la aversion y del cariño maternal de dos diosas rivales, y Ovidio que cantaba todavía las transformaciones de los dioses, sus amores ilegítimos y sus inicuas ó pueriles venganzas, esplanaba los infortunios y los sentimientos de las heroínas de su raza, y describía minuciosamente los ritos y solemnidades de su culto. Yo no diré que desde la *Iliada*

á la *Eneida*, desde la *Theogonía* á las *Metamorfosis* los poetas griegos y romanos no hiciesen otra cosa mas que recibir la inspiracion de sus ideas religiosas, que todas sus producciones constituyan, por decirlo así, una literatura sagrada, que no supiesen salir del templo y mezclarse con el bullicio del mundo, que el amor, el patriotismo y la gloria militar no hiciesen vibrar las cuerdas de su lira, que alguno por sus tendencias satíricas ó por su incredulidad filosófica no convirtiese en objeto de burla y escarnio lo que para tantos lo era de admiracion y respeto. Y lo que no diré de Grecia y de Roma, tampoco lo diré de la India, á pesar del ascetismo encarnado en las costumbres de aquel pueblo, ni de la China, á pesar de lo que allí preponderan las doctrinas morales; pero sí diré que todas estas literaturas primitivas tomadas en conjunto ofrecen pruebas palmarias y vestigios profundos de la gran influencia que sobre ellos ejercieron las ideas y sentimientos religiosos.

No es fácil comprender como los sistemas filosóficos, que tanto abundaban en aquellos tiempos, podian conciliar tan absurdas teorías con los conocimientos debidos á la luz natural. Ni tampoco es fácil de comprender como la ciencia sacerdotal, que venia á ser la teología de aquellos tiempos, podia sacar nada en limpio, enfrascándose en este laberinto de dioses grandes y pequeños, de dioses sujetos y dependientes de una cosa tan indefinida como era el Destino, de dioses que se miraban de reojo, y legitimaban con su ejemplo las mas sórdidas pasiones. No se comprende como en medio de tantas aventuras divinas que tenian toda la traza de calaveradas humanas, hubiera podido formularse un cuerpo de doctrina que determinase lo que eran dogmas ó lo que eran simplemente alegorías, lo que exigia la creencia de todos ó solo se daba como pábulo á la credulidad del vulgo ignorante, lo que pertenecia al dominio de la religion ó solamente al dominio de la poesía. Los filósofos habian de tropezar con las contradicciones y extravagancias, los teólogos ó sacerdotes con la confusion, la incoherencia, la inmoralidad de tanto absurdo; pero los poetas... oh! los poetas no estaban obligados á tan serios estudios. Estos prescindian del raciocinio para abrir las alas de la imaginacion, anteponian á los escrúpulos del respeto la libertad de su inventiva; su ideal habia descendido de alturas inaccesibles y se les habia acercado hasta poder tocarlo con su mano: adoradores de la forma veian la belleza corporal divinizada, sensibles á las impresiones de la naturaleza la creian animada por una muchedumbre de seres invisibles, estimulados por sus pasiones las veian santificadas.»

Hoy continuará D. Miguel Maura sus discursos sobre la familia cristiana, hablando del niño.

CONSIDERACIONES SOBRE LAS SIETE PALABRAS QUE HABLÓ JESUCRISTO EN LA CRUZ, por D. José María Quadrado: tercera edicion.—Véndese en la librería de Guasp á tres reales.